

DESESCALADA

Hoy salí a la calle por primera vez en meses y lo normal me parecía extraño.

Lo que hice no fue nada que no hubiera hecho un millón de veces antes. Acordé con un par de amigos quedar en la plaza del pueblo, a la misma hora que siempre, en el mismo sitio que siempre.

Cuando los ví en la distancia, me alegré muchísimo. Les saludé con el codo, lo cual era gracioso y vergonzoso al mismo tiempo. Ellos no lo podían ver pero, detrás de mi mascarilla, estaba sonriendo. Estar con ellos me hacía recordar viejos tiempos, aliviando mis ansiedades de que nada sería igual y dándome esperanza para un futuro post-coronavirus.

Empezar a hablar no resultó difícil, incluso después de casi tres meses sin verlos. Habíamos permanecido en contacto durante el confinamiento, pasándonos las respuestas de las tareas que nos mandaban y compartiendo *memes* que veíamos en redes sociales. Tengo que admitir que tuve miedo de que, después de tanto tiempo, hubiéramos perdido nuestra amistad. Al final, resultó que teníamos mil temas de conversación que nos habíamos estado reservando para nosotros durante la cuarentena, recuerdos que parecían haber pasado cien años atrás, reflexiones que solo se podían decir en persona. Hay palabras que no suenan igual a través de una pantalla.

Desde el primer momento, era aparente que el mundo a nuestro alrededor había cambiado. Ver a la gente llevar mascarilla en la calle con tus propios ojos, en vez de en las noticias, resultaba impactante. Incluso las tiendas más pequeñas tenían cola a la entrada, y no necesariamente por ser particularmente populares. En todos los locales había algún gel, o unos guantes, o flechas indicando dónde se podía y dónde no se podía ir, y en todos te pedían, o más bien te obligaban, a llevar mascarilla.

Pero el cambio más real, más importante, más cercano, era mucho más profundo que cualquier medida de higiene o distanciamiento social que podían imponernos. El auténtico cambio, estaba dentro.

Estar con mis amigos era como cuando pasas por tu escuela primaria y sientes una ola de recuerdos azotar tu ser. Representaba una forma de vida distinta a la que una vez estuviste acostumbrado pero ahora es solo una memoria que de vez en cuando reaparece en tu mente que te hace sentir como la persona que eres ahora es una muy distinta a la que eras antes, y por un segundo, dudas si de verdad son la misma persona.

Eso es lo más curioso del tiempo, el hecho de que por sí solo no significa nada, pero cuando se junta con algún cambio en el espacio en el que vivimos empieza a significarlo todo.

Cuando comparo los textos que escribía hace cuatro años con los que escribo ahora y parece mentira que lleven la misma firma y aún así, no es el tiempo lo que los separa sino el cambio que he tenido durante estos años. El tiempo no puede hacer nada por su cuenta, pero sí puede magnificar los efectos de los cambios en nuestra vida.

Por otra parte, en un curso normal acabaré las clases en junio pensando que aún es septiembre, pero, ¿este año? Esta año había sido una locura.

Abril y mayo se habían pasado volando, aunque la cuarentena hubiera parecido interminable. En contraposición marzo se había hecho eterno, y las semanas del principio del

mes parecían las de la vida de otra persona que las del final del mismo. Estaba convencido de que febrero lo tenía que haber pasado en un país en la otra punta del mundo, porque sinceramente las diferencias eran simplemente así de abruptas. Y enero, no quiero empezar a hablar de enero, ese mes pertenecía a un universo alternativo.

El coronavirus había puesto mi realidad patas arriba. A medida que superamos las diversas fases de la desescalada empezaba a entender porque lo que estaba por venir se llamaba “nueva normalidad”. Había cosas que volverían, como los puestos de trabajo y las libertades civiles. Otras que no, como las personas que se han marchado y el tiempo que habíamos perdido. Pero lo que cambiaría las cosas a largo plazo, algo que ninguna vacuna ni tratamiento podría curar o prevenir, serían las cicatrices que nos dejaría la crisis del coronavirus, como nos cambiaría como sociedad y como personas individuales. Los traumas, las inseguridades y los miedos que nos acompañaron incluso mucho después de que apareciese una vacuna.

Había una cierta ironía en que un bicho como el coronavirus, algo tan increíblemente simple que ni siquiera es considerado un ser vivo, con un tamaño comparable al de un átomo, pueda causar tanto daño, pero supongo que con tiempo incluso algo tan pequeño puede hacer cosas muy grandes.

En este caso *demasiado* grandes.

En definitiva, lo ocurrido los últimos meses había sido mucho mayor que nosotros mismos, y al final el pequeño bichito que era el SARS-CoV-2 había dejado secuelas incluso en aquellos que no habíamos pasado la enfermedad.

Cuando empezó el confinamiento, aún era invierno y hoy que he salido por primera vez en meses ya casi es verano.

Ha pasado mucho tiempo, y hoy lo normal, me parece extraño.

Pablo Ramirez Villalba